

última á sus súbditas, me conformaré al uso contando brevemente una historia, muy diferente de las vuestras, porque en ella no se trata de asuntos de amor. Según mi opinión es un ejemplo concluyente de nuestro carácter, y demuestra que, la esmerada educación que nos dan, puede encerrar en un cuerpo impuro, una inteligencia noble y un corazón generoso. Escuchad :

X

ABANICO DE RAYOS

ABANICO DE RAYOS

MITZU-VOGI (Abanico de Rayos), era célebre entre las grandes oiráns, y lo era tanto por su belleza, por su extraordinaria coquetería y por su lujo, como por el refinamiento de sus amores, y, sobre todo, por su arrogancia cruel unas veces, zalamera otras. Fingía fingiendo que no quería, ó simulaba arranques desordenados de pasión sin que nunca su corazón apresurase ó disminuyese la velocidad de sus latidos. Devoraba las fortunas, y luego arrojaba al hombre arruinado como se puede arrojar una cáscara de melón.

Una tarde le anunciaron que una mujer deseaba verla para ofrecerle alfileres de coral para

el pelo, primorosamente trabajados, y como precisamente quería comprar adornos de esa clase, Abanico de Rayos permitió á la vendedora que entrase.

Entró una mujer delgada y pálida, y con gesto brusco le presentó un cofrecito de alfileres que temblaba en sus manos, mientras clavaba en la hermosa oírán una mirada ávida y enloquecida.

Ésta, algo sorprendida, se probaba los alfileres cuando de pronto la mujer cayó al suelo desvanecida y dando un grito.

Se apresuraron á cuidarla para que volviese en sí, y en cuanto hubo recobrado el conocimiento Abanico de Rayos hizo salir á todas sus sirvientas.

Por la extremada distinción de su persona, por la elegancia del traje y por la nobleza de sus ademanes, la cortesana había adivinado que no era una vendedora.

— Noble mujer, — le dijo, — ¿ qué venís á hacer aquí? ¿ Qué clase de sufrimiento es el que os quita el color, y en qué puedo servirlos?...

— Venía á suplicaros que me devolviéseis á mi esposo, — exclamó sollozando la extranjera, — pero al ver vuestra triunfante belleza he com-

prendido que tienen razón para preferiros á todas las demás, y el único consuelo que me queda es la muerte.

— Decidme el nombre de vuestro esposo, — respondió Abanico de Rayos, — y os juro que no le recibiré más. No dudéis de mi palabra : es la primera vez que juro formalmente, y tened la seguridad de que cumpliré mi promesa. Y ahora, no santificuéis por más tiempo con vuestra presencia este impuro lugar.

La triste esposa se fué algo consolada, y la loca oírán cumplió rigurosamente su promesa.

Como si tuviese miedo de olvidarla, llevaba siempre adornando sus cabellos los alfileres de coral que la honrada mujer le había dejado.

Y el amante despedido, á pesar de que hizo cuantos esfuerzos pueden imaginarse, no la volvió á ver.

Pasados algunos meses, Abanico de Rayos se hallaba una mañana en su jardín haciendo música, cómodamente sentada á la sombra de los frondosos árboles, cuando vió que salvando el arroyuelo por el puente de laca y púrpura, la misma mujer avanzaba en compañía de tres niños pequeños.

Su palidez había aumentado, y sus facciones parecía que se hundían más aún.

— Ya me había figurado, — le dijo, — que de vuestro amor no se curaba fácilmente. — Habéis cumplido fielmente vuestra promesa, pero el mal, en vez de calmarse, ha empeorado. La desesperación se ha apoderado de vuestro amante, y sin veros no os borraís un instante de su pensamiento y los celos le devoran cruelmente. La idea de que no os ve mientras otros gozan de vuestra presencia le es intolerable, y vengo á devolveros vuestra palabra, á suplicaros que concedáis de nuevo vuestras gracias al desgraciado que se está muriendo, siquiera sea para conservar el padre á estas pobres criaturas.

Y hacía que los niños adelantasen hacia la cortesana. Y los pobrecitos estaban avergonzados mientras ella, estupefacta, los atrajo con cariño y los contempló largo rato. ¡Tal vez no había visto nunca niños!

Un velo de honda tristeza cubrió su hermoso rostro y apagó la sonrisa de sus labios, y después de largo silencio dijo como si hablase consigo misma :

— He ahí la carne tierna y suave que sin saberlo devoramos al fundir con el fuego de nuestros besos la fortuna de los padres. ¡Oh! ¡Somos unos monstruos inconscientes!...

Y los ojos se le llenaron de lágrimas cuando se fijó en la dolorida esposa que tanto había llorado por ella.

— Puesto que los celos le consumen y que no puede librarse de ellos, decid al esposo infiel que venga aquí mañana. Me verá, pues quiero que sus celos acaben.

Al día siguiente, el enloquecido amante contempló una muerta; una muerta completamente blanca y tendida en la suntuosa cama.

Abanico de Rayos había tomado un veneno, pero antes había escrito las siguientes líneas en su abanico :

« ¿Qué supone la existencia de una cortesana si se compara con la de una noble familia? »

« Yo he cumplido con mi deber. Que tu mujer y tus hijos te dicten el tuyo. »

— Seguramente, esta muerte es la más hermosa, la más noble y la más desinteresada de cuantas hemos hablado hoy, — dice levantándose Ko Mourasaki, — y según me parece, esa historia nos honra muchísimo.

— En nombre de todas doy las gracias á nuestra reina por habémosla contado, — dice Joven-Sauce.

Y como la hora de las recepciones se acerca, las oiráns llaman á sus sirvientas y después de

haberse despedido de El Pájaro-Flor, sin omitir el más pequeño detalle del complicado ceremonial, bajan majestuosamente la escalera y se retiran.

XI

LLANTO Y PERFUMES

PÁJARO-FLOR, tendida en el suelo y con la cabeza entre las manos, llora y solloza mientras Jarro-de-Oro, de pie y presa de gran desolación contempla la nuca de su dueña, su blanca nuca que entre el raso azul de su traje y el raso negro de sus cabellos, parece de raso blanco.

La hermosa princesa de amor ha recibido una carta terrible : el daimio de Kama-Koura se opone totalmente á su liberación y á su matrimonio con su hijo. La cortesana no entrará en el castillo ; en él no se le dará el nombre de hija, pues ese título se reserva para una princesa auténtica, para una descendiente de una familia

igual en nobleza á la de Kama-Koura. Y el príncipe ha jurado que no cedería, pero como no puede hacer nada sin el dinero necesario para la liberación de su adorada, no se pone en pugna con los suyos de modo abierto pues aun no ha perdido la esperanza de convencer á sus padres.

Y esta resignación, más que otra cosa, aterroriza á la pobre joven amante...

— El pobre olvida, — gime la infeliz entre lágrimas de desesperación, — que el tiempo durante el cual compró mi libertad terminó hace ocho días y que voy á verme obligada á ejercer mi infame oficio, á entregarme al primero que venga. Es muy cierto que antes que esto suceda acariciaré con ternura, estrechándola contra mi corazón, á la muerte, pero la muerte supone también la separación, y cuando mi adorado venga á buscarme llorará...

Jarro-de-Oro, abrazándose á ella procura consolarla...

— El señor Yamato, — dice, — ha añadido algunas líneas á la carta del príncipe, y nos asegura que él, causante involuntario de todo el mal, hará cuanto pueda para repararlo. Si podemos ganar un poco de tiempo, tiene un proyecto que de salir bien nos salvará. El príncipe está

cautivo en el castillo de su padre, pero Yamato está en libertad y trabaja para nosotras.

— Pero, ¿qué quieres que haga el pobre? Llegará tarde. Yo no he de permitir que los asquerosos caracoles babeen sobre la flor que la mariposa amada ha acariciado con sus alas.

— Ganemos tiempo.

— ¿Cómo?

— Antes de entrar á vuestro servicio donde no gano nada pues sóis virtuosa, servi á una gran oirán que acogía favorablemente á muchos señores encopetados que me hacían muchos regalos. Allí pude hacer algunas economías que podrán libertar á la princesa de amor por espacio de algunos meses si la princesa de amor quiere aceptarlas...

— Me darías toda tu fortuna corriendo el riesgo de que nunca te fuese devuelta... Pronto se evaporaría, y seguramente no sería bastante para...

— Lo que con toda seguridad se evaporará si continuáis llorando de este modo, — dice Jarro-de-Oro, con voz de reproche, — es esta belleza encantadora que ha conquistado el corazón del príncipe. Tenéis los ojos encarnados, marchitas las mejillas, y vuestros labios, en vez de sonreír, se crispan dolorosamente.

El Pájaro-Flor se incorpora horrorizada, y

corre á buscar su espejo que brilla como la luna llena y luce su disco de plata entre los esculpidos bambúes.

Jarro-de-Oro bate palmadas y exclama :

— Vamos, vamos, pronto... el traje de la princesa... Las huellas de una noche borrascosa desaparecerán sin tardanza, y la belleza de flor deliciosa y fresca que se abre al sol levante se reconquistará en pocos minutos.

Las kamelos entran y traen ropas finisimas y misteriosos cofrecillos de laca cerrados por cordones de seda.

Dos servidores completamente desnudos traen el baño de ovalada forma, baño que es de madera laqueada con adornos que representan mariposas de oro, y lo llenan de agua templada colocando en su interior grandes manojos de lirios en flor con sus raíces.

Las kamelos disuelven en el agua harina de arroz y vierten en ella perfumes.

Y entonces, El Pájaro-Flor, deja caer sus vestidos de noche y su carne, semejante á la pulpa de los nenúfares, atrae los rayos de luz : más blanca aún por el contraste de las negras lacas, resplandece como una diosa, pero llena de rubor se mete precipitadamente en el agua dando un ligero grito.

Sin tardar, Jarro-de-Oro, siguiendo lo prescripto por una receta que se tiene en gran estima y se considera sagrada, mete en el agua una bolsita llena de excrementos de ruiseñor y frota lentamente el cuerpo de su ama con ella, pues da á la piel extremada tersura y brillantez.

Poco rato después la ayuda á salir del agua, y cuando la ha secado con finisimos lienzos la frota de nuevo con piedra pómez.

La envuelve luego en una sábana suave, y para que repose la extiende un instante en un diván y le sirve una taza de té en la que, al calor del líquido, se abre una flor seca de cerezo. Mientras bebe, la flor acaricia suavemente sus labios, y ella, para alejarla, sopla haciendo un gesto delicioso.

Las peinadoras vienen en seguida para arreglarle los cabellos y la cara, y extienden por el cuello y las mejillas una ligera capa de clara de huevo aplicando luego, valiéndose de suave muselina, los blancos polvos de arroz. Afeitadas las cejas dibujan dos puntos negros en lo alto de la frente y hacen resaltar el rabillo del ojo dándole un ligero toque de carmín. Los hermosos labios son avivados también con un poquito de rojo, y empieza el complicado trabajo del peinado.

Los pesados cabellos, negros y brillantes, son desatados y caen hasta los tobillos del Pájaro-Flor, pero una vez bien desenredados con peines de madera de Tsou-Yhé, de haberlos suavizado con aceite verde de Natané, deliciosamente perfumado, los aprietan cuanto es posible para formar con ellos el casco en forma de mariposa. Los sujetan con alfileres de oro, y por delante del moño colocan un peine que remata una cigüeña de plata esmaltada que muestra sus abiertas alas.

Entonces se retiran las peinadoras y vienen las doncellas que deben vestirla, y con ellas traen un cofre dividido en varias partes.

La princesa de amor, con un movimiento de hombros, hace que caigan los paños que la cubren, y su desnudez, blanca y graciosa, aparece de nuevo, singular esta vez, bajo la cabeza arreglada y compuesta.

Sin perder momento le ponen el jubón de seda roja con mangas, jubón que llega hasta las rodillas y se cruza y abre en el pecho, colocando por debajo una especie de delantal del mismo tejido que cae hasta las rodillas y da la vuelta á las piernas.

Le ponen entonces el shitaghi, que es el primer traje, muy ligero, color de agua bañada

por la luna, y la sostienen mientras tiende el pie para que le pongan el tabís de azulada seda y le calcen las sandalias de paja, forradas y adornadas con seda, sandalias de suela muy alta que sólo se mantienen á los pies con un cordoncito acolchado que viene á anudarse por encima del pulgar.

Inmediatamente traen el traje, que ese día es de seda color té claro y bordado completamente con flores negras que resaltan dentro de los cuadrados de oro.

Y cuando está dispuesta, le dan un saquito precioso que oculta metiéndolo en la manga izquierda. Ese saquito contiene un átomo del inestimable perfume llamado Janko, ó sea perfume de gato viejo. Cuenta la leyenda que esa piedra perfumada se había formado en los sesos de un gato centenario y vagabundo que se refugiaba en las montañas y al que persiguieron durante largo tiempo. El que consiguió matarlo se apoderó del oloroso tesoro y lo guardó celosamente hasta el día en que su hija, enamorada de un gran señor, le robó la mitad para dárselo á su amante. El padre declaró la guerra al raptor con objeto de recobrar la substancia única, pero no pudo conseguirlo. Y entre amantes, la protesta más ardiente para expresar abnegación sin

limites, es ésta : « ¿Quieres la mitad de mi perfume? »

La princesa toma para abanicarse una hoja rara y frágil que tiene la forma de una ala de mariposa gigantesca, y ayudada por las kamouros que le sostienen la cola del traje al bajar la escalera, llega á la planta baja y sale á su jardín particular, pues le han ordenado que en él pase algunas horas para respirar el aire puro de la mañana.

Y su jardín es un gran jardín en miniatura con su pagoda, sus rocas, sus cascadas, sus pinos y sus cedros, un estanque lleno de lirios, y sobre el estanque y revoloteando, infinidad de esos lindos pajaritos llamados onidoris.

Sentada en la terraza llena de guirnaldas de flores, la princesa prepara su pequeña pipa, lanza al aire algunas bocanadas de humo, y suspira.

Desde los cercanos jardines se lanzan al viento alegres canciones.

— ¿Por qué no cantáis también, bella princesa? — le pregunta una de las kamouros sacando de su envoltura el samisen de largo mango.

¡ Tal vez los cantos sirvan para enmascarar el dolor!...

Y toma el instrumento, apoya en él sus delicadas manos, tienta las cuerdas frágiles con la púa de concha, y una canción triste asoma á sus labios.

« La nieve revolotea por el aire semejante á las blancas flores del cerezo que el viento arranca.

« Pero la flor marchita sigue siendo algo, mientras que la nieve, una vez se ha sacudido la manga donde se ha posado, no deja huellas.

« Nada más espantoso que la noche horrible, hostil y negra como el olvido.

« Tenía esperanzas, pero la decepción hace que los sollozos destrocen mi alma.

« ¡ Ay ! La noche de amor, ¿ dónde está ? »

— Princesa, si ha de ser para que lloréis más, dejad de cantar.

Y la kamouro le quita el instrumento de las manos en el momento que Jarro-de-Oro llega.

Ha ido á tratar el negocio con la dueña de la Casa Verde, y es asunto concluido. La Cigüeña-Bailadora, por bondad de corazón, se ha dejado conmovir. Además, tiene confianza en el genio y los recursos del señor Yamato que siempre le ha guardado muchas consideraciones, y ha consentido en aceptar la fortuna entera de Jarro-de-

Oro, dando en cambio un plazo de dos meses al Pájaro-Flor.

Ésta, de pie, bate palmas alegremente con sus pálidas manos.

— ¡ Oh ! ¡ Jarro-de-Oro, mi dulce compañera !
¡ Oh ! ¿ Tú has hecho eso?... Ojalá que tu sacrificio no sea estéril y sirva tan sólo para retardar un poco mi muerte. Cuanto poseía ha sido tragado ya por esa cigüeña ávida, y lo único que podría legarte sería mi cadaver.

— No lloremos á los muertos cuando todavía están vivos, — dice la doncella, — como tampoco debemos construir el porvenir sobre bases de humo ligero. Si llegáis á ser princesa verdadera, habré hecho un excelente negocio ; si no llegáis á serlo, habré hecho una buena acción.

— Los corazones nobles no se encuentran solamente en los pechos nobles. Si el destino es clemente para mí, juro que nunca te separarás de mi lado.

— ¿ Y quién sabe ? Tal vez me casaré con el señor Yamato. Mientras estuvo aquí, — dice riendo sonoramente Jarro-de-Oro, — me dirigió miradas muy significativas. Entretanto, no perdamos tiempo y escribidle dándole cuenta del arreglo y estimulando su celo, que dos meses se pasan pronto.

Y mientras habla deja en el suelo un rollo de papel blanco con flores y pájaros, y tomando la caja de escribir se pone á diluir la tinta.

Y la princesa, arrodillada sobre la alfombra y apoyándose en ella con la mano izquierda, toma el pincel y se pone á trazar líneas con mucha rapidez.

XII

LA

VALLA DE LOS BAMBÚES VERDES

LA VALLA DE LOS BAMBÜES VERDES

QUIERES morir cuando ella vive todavía? Eso me parece una atrocidad, pero como te veo decidido de manera irrevocable, está bien.... Haré que tapicen el kiosko con lienzos blancos, y juntos realizaremos el Hara-Kiri, á no ser que prefieras lo moderno y elijas el revólver.

En el fondo del parque, á orillas de un estanque y teniendo á la vista encantadora perspectiva, Yamato dirige estas palabras al príncipe San-Dai que le escucha postrado sobre las esteras, apoyados los brazos en un almohadón, y sosteniéndose la barba con las manos. Y ante la entrada del recinto reservado al joven prin-

cipe, una ligera valla de verdes bambúes indica, según antigua costumbre, que el señor está prisionero.

— ¿Y qué motivos tienes tú para quitarte la vida?

— Pregúntaselo á tu padre, y sobre todo á la princesa tu madre, — responde Yamato. — Al parecer, ahora olvidan que se me suplicó, y que antes de poner en práctica mis pensamientos, dije lo que quería hacer. « Si, sí, al Yosi-Wara, » afirmaba el viejo señor moviendo complacido la cabeza: « Allí fui muy á menudo durante mi juventud. » Y si bien es cierto que su altiva esposa parecía muy ofuscada, no lo es menos que no hizo la menor oposición. ¡ Como que se trataba de salvar al heredero de su nombre al que consumía la castidad! Pero ahora, ya vemos el resultado. Maldición, rebelión, lágrimas, suicidio, y yo soy quien tiene la culpa de todo. He sido ignominiosamente despedido, se me ha degradado, privado de sueldo y alejado de ti como si fuese una bestia mal sana. ¿ Cómo quieres que sobreviva á tanta desdicha aun en los tiempos en que vivimos?

— ¿ Has cruzado á nado el agua del foso y escalado las murallas para llegar hasta aquí ya que el acceso al castillo se te ha prohibido?

— Tu largo discurso relativo á tu desesperación incurable y á tu muerte próxima ha hecho que me tragase toda la historia, replica Yamato.

— Deja que abra la boca y dé rienda suelta á mis palabras, pero presta atención á lo que tengo que decirte, pues si no soy el pájaro mismo, soy por lo menos el eco que procede de las ramas donde se posa.

Con repentina viveza San-Dai abandona su abatimiento.

— ¿ Sabes algo de ella?...

— Pues claro está....

— ¡ Ah!... Vas á decirme que habiendo caído de nuevo y por mi culpa en el servilismo, me ha sido infiel... No, no; prefiero morir antes que saber cosa semejante.

— ¿ Una vez más?... — exclama Yamato con desaliento...

— Si no es eso, habla....

— Pues bien, tenemos dos meses por delante, dos meses, lo que no es tan poco. Gracias á la abnegación y al cariño de su doncella que ha dado todas sus economías, la Cigüeña voraz hará que se respete á tu adorada hasta la terminación del plazo. El Pájaro-Flor me ha escrito contándome todo esto, y nos suplica que no la abandonemos.

— ¡Oh! ¡Te ha escrito!... Dame su carta.

Yamato alza los brazos al cielo y exclama:

— ¡De eso se trata precisamente!... Suspiros y lloriqueos sentimentales sobre un rollo de papel... De eso son capaces los amantes que están desesperados. Yo no he cruzado á nado el agua del foso, no he escalado los almenados muros, ni he hecho nada extraordinario para llegar hasta aquí. Sencilla y llanamente he franqueado el puente y he entrado por la puerta, y los samourayes de servicio, ó mejor dicho, los porteros que allí están, me han conducido en presencia del venerable señor de Kama-Koura que al verme ha fruncido el entrecejo.

— ¿Te has atrevido á afrontar la cólera de mi padre?

— ¡Afrontarla!... Estaba tan manso como un perro al que acaban de dar una paliza y que, lleno de miedo, se arrastra á los pies de su amo. He afrontado su cólera resignándome á sufrirla, pues expiaba mis crímenes sin murmurar por ser merecido el castigo y justo el destierro. Pero, si me atrevía á presentarme de nuevo, era con el deseo de reparar, si posible era, el daño causado por mí... En fin, sábelo de una vez: á tu lado estoy con el benaplácito del príncipe, y la misma princesa, habiendo sido consultada, ha

dado su permiso... Pero como la confianza en tu cómplice no era muy grande, me han registrado... Si hubiesen encontrado en mis bolsillos la carta de tu adorable amiga, todo se hubiera perdido... Pero, ya había previsto yo lo que podía suceder.

— ¿Adonde quieres ir á parar con tu charla interminable? Juegas con mi dolorido corazón como los gatos juegan con los ratones. Y cree que me haces daño; tu risa suena en mis oídos como sonaría una campana á la que hubiese cubierto de moho una lluvia de lágrimas. ¿Cuáles son tus proyectos? Dilos pronto y no perdamos tiempo, pues dos meses son muy cortos...

— Esas son ya palabras de hombre juicioso, — replicó Yamato. — Con efecto, dos meses son cortos y el imperio es vasto, y será preciso que lo recorra en todos sentidos. Si no hubiese ferrocarriles, mi proyecto sería imposible.

— ¿Recorrer el imperio? ¿Y con qué objeto?

— Pues con objeto de encontrarte una esposa de tu clase... No chilles, no hagas aspavientos. Tengo el consentimiento de tu familia, y si consigo lo que me propongo, tendré el tuyo también...

— ¡Jamás!

— Retira esa palabra completamente inútil, y oye lo que acabo de decir á tu padre : « Señor, vuestro hijo está locamente enamorado de la belleza de una mujer, y vuestra sabiduría juzga á esa mujer indigna de entrar á formar parte de vuestra noble familia; pero si yo encontrase en una joven noble, una belleza casi semejante á la que el joven príncipe llora, creo que no sería imposible consolarle y casarle según vuestros deseos.

— Si es ese tu proyecto...

— Cállate y no me desanimes dudando de mi amistad, — interrumpe Yamato poniéndose repentinamente serio. — Si logro mi propósito, la prometida que el daimio de Kama-Koura te presentará, no será otra que el Pájaro-Flor en persona.

— Perdóname si no soy contigo lo que debería ser, pero me siento tan desgraciado, — contesta San-Dai estrechando las manos de su amigo, — que sin dudar de ti tengo que pensar que cuanto imaginas es irrealizable.

— ¡Empieza pensando en lo que he realizado ya! He forzado la puerta del castillo; he conquistado la gracia hasta el extremo que tu padre mismo pagará los gastos del viaje y me procurará los medios para penetrar en los impene-

trables castillos de las grandes familias del imperio. Sin él, no podía hacer nada, y como ves, él mismo me procura las armas para que pueda combatirle.

— ¡Combatirle! ¡Combatirle visitando á todos los nobles viejos desposeídos de su soberanía y que en el silencio del retiro cuidan las heridas de su orgullo!... Eso es lo que no puedo comprender y tampoco comprendo para qué puede servirme todo esto...

— No hablemos más de ello, y no te esfuerces buscando : los minutos que pasan trepidan en mi corazón... Ya sabes cuanto necesitas saber; tu adorada sigue siéndote fiel y decidida está á morir antes que permitir que cualquiera que no seas tú toque una de sus uñas. Yo hago un supremo esfuerzo para salvaros, y tú debes conservar tu preciosa existencia hasta el día en que sea vencedor ó vencido. Si esto último sucede, volveré para tapizar el pabellón con blancos tapices, y los dos nos abriremos el vientre gritando : ¡Bendito sea el Hara-Kiri de los hermosos tiempos viejos que acaba con todas las penas!